

A MILLÁN

LOLA AMO

A mí, que me cuesta incluso hablar en mi propio nombre, me ha correspondido hoy la difícil tarea de hablar en nombre de mucha gente, de compañeros y compañeras de Educación de Personas Adultas, de todos los que aprendimos contigo y los que seguimos aprendiendo a pesar de esta breve separación, pues lo que ahora nos separa no es tan fuerte como lo que siempre nos unió.

Volver a decirte gracias es como seguir machacando el mismo clavo, y, sin embargo, es la primera palabra que se adueña del corazón y la garganta al pensar en ti. Gracias, Millán, sobre todo, por regalarnos el trabajo duro y la lucha tenaz, por la exigencia y el inconformismo, por los momentos difíciles y los sueños por cumplir. Gracias por cada puerta cerrada, por cada barrera, por cada muro que tuvimos que derribar; por enseñarnos primero a romper nuestras propias cadenas. Porque todo ello nos hizo más fuertes y más libres, nos trajo alas y se llevó miedos.

Gracias Millán porque lo mejor que nos has dado era algo que ya era nuestro, tú nos regalaste la capacidad de sacar lo mejor de nosotros mismos. Y gracias a ti, yo, y supongo que otros como yo, me siento más persona, más solidaria, más útil. Gracias a tu regalo me reconcilio con el mundo y con mis propias contradicciones.

Millán , cuántas veces te oí decir: “nada pedir, nada rechazar”. Tú que ofrecías hasta lo que no tenías, nunca pediste este ni otros homenajes, ni rechazaste este ni otros compromisos, aunque jamás la resignación cuajó con tu carácter. Nunca te vi rechazar lo que la vida puso en tu camino, así fueran flores o cardos, recogías con una sonrisa los regalos y con una dentellada la injusticia. Este homenaje de hoy es un regalo, es difícil saber si es el que tú habrías elegido, pero creo que no nos escatimarías tu sonrisa, segura como estoy de que desde tu posición actual puedes leer mejor que nunca en el corazón de las personas, y aunque algunas todavía estamos aprendiendo a escribir o ponemos faltas de ortografía, eso no te impedirá descifrar el mensaje de cariño que queremos enviarte.

Quizá esta estatua tuya debiera haberse colocado en otro lugar. Posiblemente ante esa parroquia que ha sido testigo de tantas luchas y de no pocas victorias, recordando que la Iglesia y la Justicia, tus dos grandes vocaciones, son en realidad una sola. Acaso señoreando el Parque de la Paz junto a Ghandi y la paloma, emblema entre emblemas, prueba tangible de que es posible declarar la guerra en son de paz, pues nadie peleó más batallas de forma más pacífica. Quizá ante el Centro Cívico, mejor llamado Casa de Cultura, que también la cultura del pueblo tiene derecho a una casa que la cobije y , ¿por qué no?, a la estatua del maestro que la ampare. Y no me digáis que la Cultura Popular ya no necesita amparo, que llevamos años encomendándonos a San Buena Voluntad y esperando a San Aumento de Presupuestos y ya va siendo hora de que nos proteja San Todos Tienen Derecho. Mira a ver Millán si nos echas una manita por las alturas, y no las celestiales precisamente.

No es fácil acertar, y no hay decisión sin polémica. Lo cual es bueno, nos dirías tú. Pues la polémica fue otra de tus pasiones y me parece que nos guiñas desde lo alto como queriendo decirnos : “no he podido resistirme, toros más difíciles hemos lidiado, y ahí os quiero ver ese juego de cintura”.

Bueno, pues entrando al trapo, para no cambiar de figura, te diré que a mí también me gusta que estés aquí, en tu plaza, donde juegan los niños y toman el sol los mayores, rodeado de árboles y de risas. Me gusta saber que revoloteará la vida a tu alrededor, que serás testigo de encuentros y desencuentros, que sonreirás, pícaro, a carreras de chavales y a arrumacos de enamorados. No es mal sitio, aunque recibirás algún que otro balonazo, podrás rematar de cabeza cuando nadie te vea. Me gusta saber que dentro de muchos años alguien se sentará junto a esta estatua y preguntará “¿quién era este buen hombre que mereció una escultura y una plaza?”. Y algún vecino, quizá alguno de los que estamos aquí hoy, nos sentaremos a su lado y le hablaremos de ti. De nuevo serás puente para acercarnos a un desconocido. Le contaremos que fuimos testigos de este momento, que ayudamos a cincelar tu figura con nuestro cariño, y que con todas nuestras manos convertimos la frialdad de la piedra en calor de vida.

Tu figura será la memoria viva de que la lucha sigue en pie, de que no podemos rendirnos sin traicionarte. Algunas guerras las elegimos y otras nos eligen a nosotros, lo único que podemos elegir son las armas con las que batallar. Desde esta estatua nos recordarás siempre las únicas armas que deberían combatir en cualquier guerra, el libro que sostienes en tus manos, y tu gesto presto al diálogo. Será para nosotros un compromiso: jamás renunciar a una batalla, jamás empuñar más arma que la verdad.

Yo, por mi parte, ya he decidido cuál es el mejor sitio para colocar tu estatua, es el que te hemos reservado en nuestros corazones, al abrigo de la lluvia, si no es la del alma, y del sol, si no es el de la verdad. Aquí dentro Millán, llevaremos para siempre tu imagen esculpida a golpes de amor, de utopía y de orgullo. El orgullo de sabernos los legítimos herederos de un sueño. El tuyo.